

SOCIOLOGIA RURAL PONTIFICIA

SON hoy múltiples las declaraciones y documentos que acerca de la vida rural han publicado congresos e instituciones rurales católicas, como asimismo no pocas las pastorales episcopales que se han ocupado, expresamen o de paso, de estos problemas.

En este trabajo nos queremos limitar a los documentos y discursos emanados de la Santa Sede que tratan expresamente de la vida rural y a aquellos otros documentos en que a ella se hace alguna referencia. Así, trazaremos como una síntesis de la sociología pontificia rural, dejando las aplicaciones que se pueden hacer a los problemas rurales de los principios generales de la doctrina social de la Iglesia y limitándonos a la sistematización de los textos pontificios estrictamente rurales.

Estos documentos, emanados precisamente estos últimos años, son siete: el discurso de julio de 1951 del Papa Pío XII al *Congreso Internacional Católico* sobre los problemas de la vida rural; los discursos de noviembre de 1946 y de noviembre de 1951 al *Congreso Nacional de Cultivadores Directos de Italia*, y las cuatro cartas dirigidas a cuatro *Semanas Sociales Católicas* que han tratado expresamente de los problemas rurales: a la *Semana Social de Italia* en 1947, a la del *Canadá* en 1948, a la de *Francia* en 1950 y a la de *España* en 1953. Añádense algunos textos de las En-

cíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo anno* y algunos otros textos más de los últimos Papas.

El Papa Pío XII en el primero de estos discursos ha expresado el ámbito y la importancia de los problemas rurales.

Estos problemas afectan a todos los que viven en el campo, tanto a los que trabajan directamente para producir, para sus necesidades y las de sus semejantes, como a los que viven junto a éstos para rendirles servicios necesarios.

La importancia de estos problemas se deriva de que la más amplia fracción de la humanidad vive en el campo, en pueblos o fincas aisladas, y de que por su resonancia mediata, interesan a toda la humanidad y están en relación con la estructura interna del Estado y aun de la Iglesia. Es que estos problemas ejercen una influencia profunda sobre la evolución biológica, intelectual, espiritual y religiosa de la humanidad.

Creemos que la sistematización de los textos pontificios permite acoplarlos en cuatro partes principales: relaciones del capitalismo con la economía agraria; relaciones de la economía agraria con la economía nacional e internacional; la propiedad agraria; instrumentos de elevación integral campesina.

Nos ocuparemos hoy solamente de las dos primeras, en gracia a la brevedad, dejando para otro número las dos restantes.

I.—*Relaciones del Capitalismo industrial con la economía agraria.*

El Papa señala las ventajas y los inconvenientes de la influencia del capitalismo industrial sobre la economía agraria.

Las ventajas no se pueden dejar de reconocer: el régimen económico del capitalismo industrial ha contribuido a hacer posible y aun a estimular el progreso del rendimiento agrícola y ha permitido en muchas regiones del mundo elevar a un nivel superior la vida física y espiritual de la población del campo. Por eso este sistema económico debía

hacer sentir su influencia sobre las condiciones espirituales, sociales y morales de las poblaciones rurales (julio 1951). Ya decía Pío XI (Q. A. n. 38) que el régimen económico capitalista se había extendido muchísimo por todas partes, a medida que se extendía en el mundo el industrialismo, tanto que aun la economía y la condición de los que se hallan fuera de esta acción está invadida y penetrada de él, y sienten y en alguna manera participan de sus ventajas e inconvenientes.

Esta influencia crea un problema importantísimo. Se trata de que se llegue a regular mejor esta influencia, de suerte que conserve a la vida espiritual, social y económica del mundo rural su fisonomía propia, que asegure sobre toda la sociedad humana una acción, si no preponderante, al menos igual. Mientras nos mantengamos en las condiciones naturales de la vida humana y de su perfeccionamiento, la división de los trabajos y de las funciones no puede engendrar inevitablemente conflictos entre el capitalismo industrial y la economía agraria (julio 1951). Pero el estrecharse de las relaciones entre el mundo rural y la vida industrial y urbana viene a plantear problemas nuevos: se ha de hacer progresar las poblaciones del campo elevándolas a un nivel de vida más alto y de trabajo, y hay que preservarlas de las agitaciones peligrosas y de las vanas seducciones. (Sem. Social de Francia.)

¿Cuál es el peligro que hay que conjurar del capitalismo industrial para la vida campesina? El que su influencia viniese a alterar el carácter específico de la vida rural, asimilándola a la vida de los centros urbanos e industriales y haciendo del campo una simple extensión o anejo de la ciudad (julio 1951). En su discurso de 11 de junio de 1953 a la VI Asamblea de la Federación Internacional de Productores Agrícolas, el Papa denunciaba este error esencial del desarrollo económico a partir de la aparición del industrialismo moderno: el que el sector agrícola haya venido a ser a veces de un modo absolutamente anormal un simple anejo del sector industrial, y, sobre todo, del mercado.

Ello acarrea un desprestigio indebido de la vida rural,

con funestos efectos para el equilibrio de los pueblos y aun para su misma civilización. El Papa afirma rotundamente repetidas veces que una de las causas del desequilibrio, del desastre en que se encuentra sumergida la economía mundial y aun todo el conjunto de la civilización y de la cultura es, sin duda, un deplorable desafecto, cuando no un desprecio, respecto de la vida agrícola y de sus múltiples y esenciales actividades. La historia, especialmente por la caída del Imperio romano, nos enseña a ver en ello un síntoma precursor de la caída de las civilizaciones (2 de octubre de 1948, al Congreso del Instituto Internacional de las Finanzas Públicas y a Sem. Soc. Canadá).

Este desprestigio ha influido en los mismos sociólogos y políticos, pues su atención se ha dirigido con demasiada frecuencia a los problemas suscitados por las concentraciones de la gran industria; no es que se niegue la urgencia y el carácter agudo de estos últimos, pero "*haec oportuit facere et illa non omittere*" (Sem. Soc. Canadá).

Uno de los abusos que el capitalismo introduce en la vida rural es que también en ella subordina a sí las necesidades y el trabajo humano. Con demasiada frecuencia no son las necesidades humanas las que, según su importancia natural y objetiva, regulan la vida económica y el empleo del capital, sino que, por el contrario, es el capital y el interés de su ganancia los que determinan qué necesidad y en cuál medida han de ser satisfechas. Y así ocurre que no es el trabajo humano, destinado al bien común, el que atrae hacia sí el capital y le pone a su servicio, sino que, por el contrario, es el capital quien mueve de acá para allá al hombre y su trabajo como una pelota (noviembre 1946).

El choque entre la ciudad y el campo es tanto mayor cuanto más el capital, abdicando su noble función de procurar el bien de la sociedad en cada una de las familias que la componen, se introduce en el mundo mismo de los agricultores o bien lo envuelve en los mismos rasgos. El hace relucir el oro y la vida de placer ante los ojos admirados del campesino, para inducirle a abandonar la tierra y a malgastar en la ciudad, que las más de las veces le reserva sola-

mente desilusiones, los ahorros trabajosamente acumulados; y no raramente, también la salud, las fuerzas, la alegría, el honor y el alma misma. Entonces el capital se apresura a tomar posesión de aquella tierra abandonada; pero no para hacerla objeto de su amor, sino de explotación fría. La tierra, generosa matriz de la ciudad lo mismo que del campo, ya no produce más que en favor de la especulación (noviembre 1951).

Ya no es la vida solamente de los centros urbanos, sino también la del campo la que va contagiándose de neopaganismo. Ciertos miasmas de corrupción van extendiéndose rápidamente de la ciudad al campo y de las llanuras a las montañas, también para los labradores, que en otros tiempos eran, y en buena parte lo son todavía, una viva reserva de fe y de moralidad para toda la nación (Sem. Soc. Italia).

El afán excesivo de lucro, propio del capitalismo, tiene también el peligro de introducirse entre la gente del campo. Los agricultores se han de mostrar vendedores honestos, no calculadores codiciosos con daño del pueblo, y bien dispuestos compradores en el mercado interior del país. Pero este ideal no raramente falla, pues sean las que sean la rectitud de intención y la claridad de conducta de que muchos productores agrícolas se enorgullecen, no es menos verdadero que hace falta hoy una gran firmeza de principios y energía de voluntad para resistir a la diabólica tentación de aquella ganancia fácil que especula innoblemente con las necesidades del prójimo más bien que ganarse la vida con el sudor de su frente (noviembre 1946).

Una de las causas, aunque no la única, del éxodo rural, es también la parte preeminente dada a los intereses del capitalismo industrial en la producción y distribución de la renta. La palabra éxodo hace sentir a todos cómo una evolución unilateral de la economía termina por disgregar la estructura humana y social de todo un pueblo. Falto de una población rural capaz y emprendedora, abandonado por incuria o agotado por una explotación inhábil, pierde gradualmente su productividad natural y la economía social misma entra en una crisis de las más graves (julio 1951).

Dos son los sistemas que contribuyen hoy al desprestigio del campo. Uno, el marxismo, que ha caído en la superstición del tecnicismo y de la industrialización a ultranza; el marxismo que conduce a la colectivización del trabajo agrícola y a la degradación del campo, que lo reduce a no ser sino una reserva de mano de obra para la producción industrial.

A la misma meta conducen los principios del liberalismo económico, desde el punto en que el afán de lucro por parte del capitalismo financiero echa todo su peso sobre la vida económica, y en que los encadenamientos de la economía nacional son considerados unilateralmente con miras al mercado, como un simple mecanismo de los precios. Las consecuencias son idénticas para las poblaciones rurales, de quienes abusa el capitalismo industrial: o simple reserva de obra o letargo en una existencia miserable (julio 1951).

El capitalismo crea el contraste entre la ciudad y el campo, que es por desgracia, la característica de nuestros tiempos. La ciudad moderna, con su constante crecimiento, con la aglomeración de sus habitantes, es el núcleo físico del dominio de los intereses del gran capital en la vida económica de una nación. La ciudad y el campo forman hombres enteramente distintos. Si el habitante de la ciudad sufre a consecuencia de este modo de ser artificial, tanto más contrario es este modo a la íntima esencia de la vida del agricultor, puesto que, a pesar de todas las dificultades, el trabajador del campo representa todavía el orden natural querido por Dios, es decir, que el hombre debe dominar a las cosas materiales con su trabajo y no ser dominado por ellas (noviembre 1946).

Como reacción contra este desprestigio del campo, es significativo ver subir como un grito de alarma de las regiones de intensa industria, un llamamiento a la formación en el campo de una población campesina fuerte, sana, profunda y conscientemente cristiana, que sea como un dique infraqueable, contra el cual venga a quebrarse la ola ascendente de la corrupción física y moral (Sem. Soc. Canadá).

II.—*Relaciones de la Economía agraria con la Economía nacional e internacional.*

El capitalismo presenta sus ventajas para el campo, pero también sus peligros, como hemos visto. Ello no quiere decir que la economía agraria tenga que prescindir de los demás aspectos de la economía nacional e internacional.

La verdad fundamental sostenida siempre por la doctrina social de la Iglesia es que la economía de un pueblo es un todo orgánico, donde todas las posibilidades productivas del territorio nacional deben desarrollarse en sabia y recíproca proporción. Nunca se habría hecho tan grande la oposición entre la ciudad y el campo si se hubiera observado este principio fundamental (noviembre 1946).

Son numerosas y delicadas las cuestiones que suscita la integración del mundo rural en la economía moderna; por eso es importante el trabajo de los economistas y de los sociólogos católicos para la elaboración en este punto de una idea cristiana, segura y constructiva (Sem. Soc. Francia).

En el ámbito de la economía nacional contribuye al equilibrio económico la justa proporción entre los salarios, la razonable proporción entre los precios de venta de los productos obtenidos por las distintas artes, cuales son: la agricultura, la industria y otras semejantes. Si se guardan convenientemente tales proporciones, las diversas artes se aunarán y combinarán para formar un solo cuerpo, y, a manera de miembros, mutuamente se ayudarán y perfeccionarán (Q. A. n. 34). El Papa León XIII indicó entre los medios que contribuyen a la prosperidad de los pueblos una floreciente agricultura (R. N. n. 26).

Por eso es justo atender con un particular interés a la mejora de las condiciones de vida en las poblaciones rurales, las cuales, proveedoras diligentes de toda la comunidad en los años prósperos, y aun agentes, por este trabajo, de esta prosperidad, son, sin embargo, las primeras víctimas de la penuria causada por los caprichos de las estaciones, por las devastaciones de la guerra, que en varias regiones han dejado para mucho tiempo el suelo estéril e incultivable, por

las desgracias y las complicaciones de la economía (A los Delegados de la F. A. O., 21 febrero 1948).

Los labradores han de querer que se dé a cada parte lo suyo en la economía nacional; pero quieren conservar también lo suyo. Por eso, aunque la ayuda principal ha de venir de ellos mismos, una política económica razonable y una organización jurídica sana les deben prestar su apoyo (noviembre 1946). La legislación social moderna debe ofrecer también sus ventajas a las poblaciones rurales, pero en conformidad con su propio carácter (julio 1951). Las cuestiones agrícolas tienen tanta variedad, presentan tantos aspectos, que ello mismo hace difícil su solución. Sus múltiples factores naturales e históricos, las relaciones jurídicas y económicas, la diversidad de formas de cultivo y de producción crean una situación que ha retrasado la aplicación de las ventajas sociales que se han obtenido en el sector de la industria (Sem. Soc. España).

Las cuestiones agrícolas, en un mundo como en el nuestro, están más que nunca en primer plano, aunque no pueden ser consideradas aisladamente de las demás. En adelante habrá siempre que enfocarlas y resolverlas, teniendo en cuenta sus relaciones indispensables con las otras ramas de la vida económica y de la actividad industrial y marítima (Semana Soc. Francia).

Por eso los labradores, aunque han de ser objeto de una especial atención, no han de perder de vista los lazos de solidaridad que les unen con los demás sectores de la población.

Con sus familias forman una comunidad de trabajo, pero son también con sus compañeros y socios una comunidad de trabajo. Finalmente, han de querer formar con todos los grupos profesionales del pueblo una gran comunidad de trabajo. Es cosa conforme con la ordenación de Dios y de la nación. Es el verdadero concepto católico del trabajo que une a los hombres en un servicio común para las necesidades del pueblo, en un esfuerzo mismo para el propio perfeccionamiento en honor de su Creador y Redentor. Los labradores han de continuar siempre su trabajo, según su

valor íntimo, como contribución suya y de sus familias a la economía pública. Tendrán así fundamento y derecho a una renta suficiente para una sustentación proporcional a su cualidad de hombres y aun para sus necesidades culturales. Pero es necesario que reconozcan también la necesidad de su unión con todos los otros grupos profesionales que trabajan para las demás necesidades del pueblo, y con eso mismo su adhesión al principio de la paz social (noviembre 1946).

Sobre todo, donde la agricultura ocupa un puesto de honor gracias a las riquezas naturales que la Providencia ha repartido en su suelo, no será posible el que uno se repliegue sobre sí mismo sin tener en cuenta los recursos y las necesidades complementarias de otros países. Hoy aparecen cuestiones delicadas, sí, pero necesarias: mano de obra e inmigración, comunicación y reparto de productos; masas humanas sufren todavía por la falta de alimentos en un mundo cuya economía busca cada vez más su equilibrio dentro de la escala mundial. No se darían las condiciones naturales de una paz estable si muchas familias dejasen de participar de algún modo y en manera suficiente en los riquezas de la tierra que necesitan (Sem. Soc. de Francia).

Hoy se presentan ocasiones de decidir si se continuará una rentabilidad unilateral de corta vista, o si se orientará hacia el conjunto de la economía social, que es su fin objetivo. Ya se dan algunos ejemplos de esta desorientación: las ayudas proyectadas para las regiones atrasadas; la reforma agraria, felizmente iniciada aquí y allá; la emigración y la inmigración, favorecida por reglamentos internacionales; una mejor agrupación regional de economías nacionales complementarias; una distribución mejor de las fuerzas productivas en el territorio nacional. Todas estas medidas deben tener por fin asegurar al pueblo a cumplir su propio carácter, su propio ascendiente, su valor propio en la economía y en la sociedad (julio 1951).

Toda la reforma social está estrechamente unida a la cuestión de una sabia organización de la producción: las relaciones entre la agricultura en las diversas economías na-

cionales, y de éstas con las otras, el modo y el grado de participación de cada pueblo en el mercado mundial. Todos estos difíciles problemas se presentan hoy bajo una forma nueva y diferente de antes; de su solución racional depende la productividad de cada nación, y por consiguiente también el bienestar de los individuos, puesto que está claro que allí donde no hay producción suficiente no puede haber un reparto suficiente (Al Sacro Colegio, 2 junio 1948).

Defender los intereses de una parte importante de la humanidad, de esta parte de la humanidad que suministra a los otros el mantenimiento esencial de la vida, es una causa digna de una abnegación desinteresada. La producción agrícola amenaza quedar limitada por la falta de rentabilidad, mientras que por otra parte se comprueba en pueblos enteros la subalimentación y la dieta más aguda. El remedio habrá que buscarlo en la dirección de un estímulo nuevo y de una estabilización racional en las relaciones económicas de los pueblos, y esto no vale solamente en el dominio de la agricultura. Cierta número de economías nacionales no han conseguido desarrollar armónicamente la posibilidad de producción que la naturaleza les ha dado. Hay que contribuir a una mejor organización de los mercados, a una intensificación del comercio, a una elevación del nivel de vida de la gran familia de los cultivadores (A la VI Asamblea de la Federación Internacional de Productores Agrícolas, 11 junio 1953). *(Continuará)*

E. HARLEY